

“NO SÉ DÓNDE LO HAN PUESTO” (JN 20,13)

UNA REFLEXIÓN SOBRE LOS DESAPARECIDOS, INSPIRADA EN LAS “MUJERES DEL ALBA”

P. Orlando Escobar, CM¹

Resumen:

El drama de los desaparecidos en el mundo, y particularmente en América Latina y El Caribe, es una alarmante realidad que trae tanto sufrimiento y dolor a cientos de personas, especialmente mujeres cuyas familias quedan expuestas a males peores. La Palabra de Dios ilumina esta realidad a través de las lágrimas y el dolor de María Magdalena y las “Mujeres del Alba” que van temprano al sepulcro de Jesús para ocuparse del cadáver y a preguntar dónde lo han puesto. El resucitado les devuelve la esperanza y lo mismo a todos los desaparecidos del mundo.

Palabras clave: Desaparecidos,

¹ Misionero colombiano de la Congregación de la Misión que actualmente trabaja en Cuba, licenciado en filosofía y en teología, miembro de la Junta Directiva de la Conferencia de Religiosos, ha participado en las tres últimas Asambleas de la CLAR.

Desaparición Forzosa, Violencia Fratricida, Mujeres Valientes, Tumba Vacía.

Introducción

La tragedia de los desaparecidos en el mundo, y particularmente en América Latina y El Caribe, trae inmensa tristeza, desolación e impotencia. Las cifras son escalofriantes; los métodos para desaparecer² personas, especialmente jóvenes hombres, nos dejan sin aliento; el drama de tantas familias que no han podido hacer un funeral digno a uno o más seres queridos, que son dados muchas veces por muertos es un grito que clama al cielo, implorando justicia, exigiendo reparación y obligando un cambio de un pecado que adquiere dimensiones estructurales porque es más común de lo que parece.

Gran parte de este dolor recae particularmente sobre niñas, niños y mujeres, entre las cuales se destacan las madres, compañeras sentimentales, esposas de los desaparecidos e hijas e hijos de los

² Se producen desapariciones forzadas siempre que: “se arreste, detenga, traslade contra su voluntad a las personas, o que estas resulten privadas de su libertad de alguna otra forma por agentes gubernamentales de cualquier sector o nivel, por grupos organizados o por particulares que actúan en nombre del Gobierno o con su apoyo directo o indirecto, su autorización o su asentimiento, y que luego se niegan a revelar la suerte o el paradero de esas personas o a reconocer que están privadas de la libertad, sustrayéndolas así a la protección de la ley” www.un.gov, (consultado el 7 de julio de 2022).

mismos, aunque es un drama que afecta a toda la familia de cada víctima por desaparición forzosa, especialmente a causa de la violencia, el narcotráfico, los grupos de "limpieza social", las guerras entre bandas, el terrorismo de Estado y las causas ecológicas, la física "cancelación" de testigos, entre otras.

Las familias de estas personas no solamente son fuertemente debilitadas por la zozobra que genera la injusta desaparición de uno o varios seres queridos, sino que quedan terriblemente expuestas a ulteriores daños como violaciones de mujeres, amenazas de muerte por reclamar a sus desaparecidos; niñas, niños y mujeres solas, a expensas de la explotación, y una serie de males que configuran la destrucción en vida de familias enteras...

El *Mysterium Iniquitatis* – El misterio de la iniquidad

Todo este sufrimiento encuentra su eco en la biblia desde la pregunta de Dios al hombre: "¿Dónde está tu hermano Abel?" (Gn 4,9), pasando por el siervo de Yahvé, "Detenido sin defensa ni juicio, ¿quién se ocupó de su suerte? Fue arrancado de la tierra de los vivos" (Is 52, 8); y llegando hasta las lágrimas de María Magdalena que no sabe dónde han puesto el cadáver de Jesús (Jn 20,13).

Toda la historia de la humanidad, y en ella la historia de la salvación que narra la biblia, está atravesada por un continuo sufrimiento y do-

lor, violencia e irrespeto, destrucción e iniquidad que confirman no solo el drama del pecado del mundo sino también, junto con ello, el *homo homini lupus*³ (el hombre es lobo para el hombre). Pero también demuestra la imperiosa necesidad de un salvador que, como buen samaritano, se pliegue para curar las heridas de la humanidad de aquel que ha quedado al borde del camino medio muerto... (Lc 10, 29-37).

Pero no solo está maltrecho el hombre que ha sido asaltado en el camino sino también la humanidad de aquel que ha infligido ese daño, que ha maltratado a un ser humano indefenso y que lo ha dejado expuesto a todos los males provocados por las heridas, el abandono y la indiferencia. Tanto la humanidad del uno como la del otro necesitan con urgencia la redención, el perdón, la sanación, que solo podemos encontrar en Jesús, herido pero resucitado, que venda las profundas huellas que han dejado en el cuerpo los golpes de los salteadores y que devuelve la esperanza en la misma humanidad.

El *Mysterium Iniquitatis*, el misterio del mal y del pecado, explica de alguna manera "la división íntima del hombre (...), incapaz de dominear con eficacia por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado en-

³ Frase al parecer acuñada por Plauto (254-184 aC) y popularizada por T. Hobbes en el siglo XVII en su obra *De Cive* (Sobre el ciudadano) es.m.wikipedia.org, (consultado el 7 de julio de 2022).

tre cadenas”⁴, pero es rescatado por otro hombre, por el Señor que “vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándole interiormente y expulsado el príncipe de este mundo”⁵ por la fuerza de otro *Mysterium* superior, más grande y poderoso, es decir, el misterio pascual de su pasión, muerte y resurrección.

De hecho, ese Jesús resucitado actúa hoy a través de su cuerpo que es la Iglesia, y también a través de tantas mujeres y hombres de buena voluntad que luchan por la paz y la justicia, que buscan esclarecer el origen y el tamaño del crimen de los desaparecidos, haciéndose eco del grito de sus madres y padres, hermanas y hermanos, hijas e hijos, esposas y compañeras sentimentales, amigas y amigos de ellos, para que dicha desaparición no caiga en el olvido y la indiferencia de muchos.

Es necesario por ello visibilizar este mal⁶ para que se conozcan las dimensiones de este horrendo crimen que en ocasiones es la suma del asesinato y de la posterior desaparición de toda huella para borrar la evidencia, para cancelarlo absolutamente de todo recuerdo y para

escapar a la justicia que reclama la sangre de estas víctimas, muchas veces desaparecidas de las formas más escandalosamente aberrantes.

No sé dónde lo han puesto (Jn 20,13)

De entre las expresiones bíblicas mencionadas más arriba para iluminar la tragedia de los desaparecidos en América Latina y El Caribe, me gustaría detenerme particularmente en la imagen de las mujeres madrugadoras o, mejor dicho, las “Mujeres del Alba” que, al amanecer, van “al sepulcro con los perfumes que habían preparado” (Lc 24,1) para acabar de embalsamar el cuerpo de Jesús, como nos lo recuerda T. Gaitán⁷.

A la cabeza de dichas mujeres, lo dice el texto de Lucas (24,10), se encuentra María Magdalena, quien fuera la encargada de comunicar “a los apóstoles lo que había pasado”. Con razón se le dio el título de “apóstola de los apóstoles”, atribuido a Rabano Mauro y Tomás de Aquino⁸, equiparable a la misión de la Orden de Predicadores, como lo reafirma V. Botella Cubells⁹.

Al drama de la muerte violenta de Jesús en la cruz se suma ahora el de la desaparición de su cuerpo:

⁴ Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 13.

⁵ *Ibid.*

⁶ El *Día Internacional de las Víctimas de Desapariciones Forzadas* se celebra desde 2011 cada 30 de agosto. Recordar de alguna manera el drama de los desaparecidos del mundo entero puede ser una forma de visibilizar esta tragedia para tantas familias.

⁷ CLAR, “*Las Mujeres del Alba, primeras testigos de la resurrección*”, 8.

⁸ *Ibid.*, 12.

⁹ CLAR, *María Magdalena en el alba del “caminar juntos” de la Iglesia. Reflexión a la luz de Juan 20,1-2.11-18*, 21.

Este estado de la Magdalena es comprensible. Ella ha ido al sepulcro para conectar con Jesús a través de aquello que queda de él: un cuerpo muerto. La desaparición del cuerpo frustra esa conexión y hace que su relación con el Maestro se haga cada vez más difícil. María, por tanto, está desconcertada y muy triste. Por eso, continúa mirando fijamente hacia el sepulcro como absorta. Su mirada está anclada en la muerte. ¿Qué puede hacer? Ella persevera... ¿dónde le habrán puesto?¹⁰.

La muerte siempre es un drama, incluso la muerte natural, la muerte de una persona que ha vivido muchos años o la muerte de una persona que ha fallecido después de la enfermedad. La muerte casi siempre nos sorprende e impacta... Creo que en parte esta reacción natural se debe a que, fuera de la muerte que observamos, nuestra única experiencia real es con la vida, con la propia vida, de modo que la muerte nos resulta de alguna manera ajena a nuestra experiencia vital.

Ya podemos imaginarnos el dolor causado por una muerte violenta. Recuerdo haberme encontrado en África con jóvenes que habían sido testigos de la masacre de uno o más miembros de sus familias. Siempre me preguntaba cómo hacían esas personas para asimilar un dolor de tanta magnitud, cómo era posible perdonar lo imperdonable y hablar de lo inenarrable, pero había

sido testigo del perdón, de la sanación y de la conversión. Un verdadero milagro...

Existe el dolor inaudito de los que han perdido sus seres queridos en circunstancias imaginables pero desconocidas:

En nuestros países hemos visto cantidad de grupos de madres de desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado o por cualquiera otra de las violencias que nos golpean, que han seguido las huellas de las legendarias "Madres de la Plaza de Mayo" y que se han dado a la aventura de reclamar por la desaparición o el asesinato de sus hijos, a tratar de establecer quiénes fueron los responsables de tan horrendos crímenes y a buscar vías de justicia y reparación¹¹.

Pero también hay muchas madres, esposas, compañeras, hijas e hijos, hermanas y hermanos, familiares y amigas menos legendarias cuyo dolor infinito por la presunta muerte y desaparición de sus hijos, esposos, compañeros, padres, hermanos, familiares y amigos, clama al cielo y pide reparación y alivio, y al menos su cadáver o parte de él...

Miles de mujeres menos visibles y protagónicas desde espacios silenciados por la sociedad o la religión siguen empeñadas con femenina tenacidad en la restauración de la vida pisoteada. En tales condiciones, hacer florecer la dignidad humana no es tarea de titanes, sino de valientes. Y no es que el miedo haya estado

¹⁰ *Ibíd.*, 24.

¹¹ *Ibíd.*, 10.

ausente de sus vidas; más bien, es que han vencido la cobardía. Pero todas estas mujeres valientes, las del Evangelio y las actuales, testimonian que es en la confrontación con la tumba donde la vida florece de modo irresistible¹².

María Magdalena también persevera en su búsqueda del cadáver de Jesús, “único punto de contacto con él que le queda”¹³. Como nos sucede a los humanos que, cegados por la muerte, no vemos nada más¹⁴. Se puede llegar a aceptar la inaceptable muerte, pero más inaceptable es la desaparición del cadáver. Es una doble violencia a la que ninguna madre, esposa o ser humano se resigna. Si no se ha sabido respetar la vida, existe por lo menos el derecho implícito a poder velar el cadáver, llorarlo, ponerlo en un lugar digno, con su nombre, su fecha de nacimiento, aunque no se sepa la de su muerte...

Este es el drama que las “Mujeres del Alba”, junto al sepulcro, con sus miradas *ancladas en la muerte* y sus existencias *confrontadas ante la tumba*. El drama que ellas nos invitan a considerar: el de la muerte del amigo, del maestro, del hermano, pero aún más, el de la desaparición de toda evidencia física, porque la iniquidad del hombre llega hasta el punto de hacer desaparecer las pruebas de la misma, como si la muerte misma fuera poco...

¹² Ibíd., 11.

¹³ Ibíd., 24.

¹⁴ Ibíd.

El hombre herido que con su resurrección ilumina y transforma la humanidad

No existe resignación en las “Mujeres del Alba”, apenas se han tomado un pequeño descanso y ya están muy temprano con sus perfumes y aromas, con sus llantos y oraciones, velando aunque sea el cadáver, cuando ello es posible... Pero de aquí partirá de nuevo la historia de la humanidad con su drama que pareciera tener un final junto a la muerte. De allí saldrán las mujeres transformadas por su encuentro con el resucitado, las primeras que lo han visto, que lo han tocado y que lo han oído...

“¿Qué has visto de camino,

María, en la mañana?”

“A mi Señor glorioso,
la tumba abandonada”¹⁵.

Todas estas madres, padres, mujeres, hijas e hijos, amigas y amigos de los desaparecidos nos hacen pensar en su infinito dolor por la presunta muerte y posterior desaparición física de sus seres queridos, porque a su ya duro dolor por la muerte se suma el dolor más grande por la desaparición forzosa de sus cuerpos que terminaron en fosas comunes, quemados para borrar toda evidencia, echados al río o incluso a la basura...

Son cadáveres que no pudieron ser velados por sus familiares y amigos, sobre los que no se pudo

¹⁵ Himno de Laudes, tiempo pascual, Liturgia de las horas II, 458.

hacer ni siquiera una celebración litúrgica, un entierro digno, un funeral, un responso. Nada... Tal vez no exista una pobreza más grande, porque ni siquiera lo único que tenían como era su cuerpo ha podido ser encontrado, reconocido, reclamado, llorado... Los seres humanos necesitamos al menos la materia que es el cuerpo humano para encauzar nuestro dolor, hallar algo de descanso y favorecer de alguna manera el reposo mismo del que ha muerto...

La pregunta de Dios a Caín por el *dónde está tu hermano*, o la ignorancia de María Magdalena por el *no sé dónde lo han puesto* se vuelven preguntas de las víctimas de América Latina y el Caribe y del mundo entero por el asesinato de tantas mujeres y hombres a causa de la violencia fratricida y por su posterior desaparición forzada que suma una injusticia a la otra, y son expresiones que claman al cielo de donde esperamos una respuesta que no pospone la necesaria actuación de la justicia humana que debe interesarse, investigar y propiciar la necesaria reparación.

Conclusión: yo misma iré a recogerlo...

Queremos unirnos a las víctimas de la desaparición forzosa, a tantas mujeres particularmente que no cesan de exigir verdad y reparación, que no se han resignado a la muerte de sus seres queridos y que siguen saliendo a la calle con las fotos de sus desaparecidos; que siguen llorando y preguntando por

ellos, y que esperan un día tener una respuesta a su dramático y doloroso clamor: "si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto y yo misma iré a recogerlo" (Jn 20,15).

Ojalá los perpetradores de crímenes como este se arrepientan y pidan perdón por este pecado contra la humanidad del desaparecido, de su familia y también contra su propia dignidad de ser humano que ha intervenido en la desaparición y/o el asesinato de otro u otros seres humanos. Esperamos y deseamos que se arrepientan de verdad y que pidan perdón, pero también esperamos que digan a los familiares de las víctimas dónde se hallan sus cuerpos para poder rescatar lo que se pueda recuperar. Sería un tremendo alivio en la medida en que ello sea posible...

Vemos cómo María Magdalena alcanza a suponer que el hombre a quien ella confunde con el hortelano pudo haber hecho desaparecer el cadáver que ella busca para terminar de embalsamar y se muestra dispuesta a ir ella misma a recogerlo para rescatarlo de la profanación porque, como recordábamos más arriba, es el cuerpo de su maestro el único vínculo que ella espera al menos mantener para conectar con su Señor.

"Si al menos pudiera rescatar su cuerpo" es lo que dicen las víctimas de los desaparecidos de América Latina y el Caribe y del mundo entero. Ellas y ellos, como María Magdalena, tienen su esperanza de ir

“No sé dónde lo han puesto” (Jn 20,13)

al menos a identificar y recoger los cadáveres de los que después de haber sido desaparecidos han sido asesinados. Ellas y ellos quieren que alguno les diga dónde están realmente, qué ha sido de su desenlace, qué pasó para que terminaran así...

Aún más, desean tener una confirmación de que realmente han muerto y, por lo mismo, saber dónde se hallan sus cuerpos, porque puede ser el último vínculo que los une a ellos, cuando su vida ha sido violentamente masacrada y termi-

nada. E incluso, como María Magdalena, sin saberlo en ese momento, se lo reclaman a Dios mismo, esperando de Él la respuesta, la justicia y la fuerza para continuar su difícil e incierto camino...

Entonces me levanté
y recorrí la ciudad;
por las calles y las plazas
busqué al amor de mi vida,
lo busqué y no lo encontré.
Me descubrieron los guardias
que hacían ronda en la ciudad:
“¿Han visto ustedes
al amor de mi vida?”¹⁶

¹⁶ Ct 3,2-3.